

Viaje a Colombia 1911 – 1912

Serret, Felix

CAPITULO VII

Camino para La Florida - Los Mesones - La Cruz Gorda -Indolencia de los indígenas del Tolima Guarumo - La fiesta nacional - Un examen al aire libre - Un borracho a la espalda - Una cerda mordida por una serpiente "taya" -Supuesta inmunidad de los cerdos contra el veneno de los reptiles - La Florida - Dos borrachos patriotas - Posada modelo Fresno - El clavelier - Las minas de oro de Las Tres Canoas y de La Parroquia - A propósito de minas - Prospectores y minerólogos de gabinete - El Gualí Mariquita.

Eran exactamente las cinco cuando nos pusimos en camino para La Florida, última etapa antes de llegar a Mariquita. La temperatura era en ese momento de una frescura deliciosa y por demás reconfortante, y la atmósfera de una perfecta limpieza, que aún los menores detalles del paisaje de los alrededores aparecían con una notable nitidez.

Dejando la aldea El Brasil, continuamos de corrido por todo el fondo del valle donde pasa el Perrillo que va a desembocar al Magdalena, un poco abajo de Caracolí; luego, habiendo tomado un atajo no tardamos en alejarnos de las orillas de dicho río, para internarnos por entre las ramificaciones de una cadena que se desprende de la Cordillera Central y va a morir a poca distancia del gran río colombiano, hacia el cual nos dirigíamos.

Poco después, cuando entramos en un paso estrecho que lleva el nombre de La Playa, nos encontramos con una manada de bueyes cargados de enormes cajas, sin duda para los comerciantes de Manizales; como el sendero por el que íbamos era sumamente estrecho y muy escarpado, nos vimos obligados a retroceder un Poco para dejar pasar la molesta caravana, lo que nos retardó mucho, pues era muy grande, y las bestias de carga que se veían manifiestamente cansadas, avanzaban con extrema lentitud.

Hacia las diez, habiendo llegado a una aldea de lo más agreste, llamada Los Mesones, me acerqué a la principal habitación, esperando conseguir leche y arepas; pero no encontré más que una familia a punto de desnudarse con la mayor tranquilidad del mundo. Como no teníamos nada que sacar de esta situación, continuamos enseguida nuestro camino, y, un cuarto de hora más tarde, llegamos a otra pequeña aglomeración denominada La Cruz Gorda, donde igualmente nos fue imposible encontrar alguna cosa para apaciguar el hambre que ya nos estrujaba el estómago.

Sorprendido por esta penuria de vituallas, pregunté por su causa a mi arriero, quien me respondió: "Qué quiere", desde que se sale de la provincia de Antioquia es difícil encontrar en los caminos, sea para beber o para comer, a causa de la pereza de los habitantes". Después muy a menudo tuve la ocasión de darme cuenta de que había dicho la verdad; la mayor parte de los campesinos del Tolima prefieren vivir miserablemente y dejarse devorar por los piojos antes que entregarse al más mínimo trabajo, distinto del que les impone la vida animal o cotidiana.

Un poco después del mediodía, al llegar a un punto donde se divisa todo el entorno, advertimos, extendiéndose a nuestros pies, sobre una pequeña meseta completamente desnuda, la aldea de Guarumo, donde, según me habían dicho, debíamos encontrar una buena posada. presa del hambre que me comenzaba a torturar el estómago, espoleé mi montura y veinte minutos después entrábamos en dicha aldea. Era el 20 de julio, aniversario de la revolución de 1810 y de la independencia nacional; por tanto, había gran fiesta. Debajo de una inmensa carpa extendida en la

mitad de la plaza que yo debía atravesar, se encontraba una mesa larga delante de la cual estaban sentados unos personajes graves, más o menos oficiales, como el corregidor del distrito, el encargado del correo, el agente de policía, el depositario del aguardiente, etcétera, acompañados por un músico que tenía sobre sus rodillas una guitarra adornada de cintas con los colores de Colombia.

Delante de esta tribuna estaban formadas en tres filas de bancas, una veintena de encantadoras niñitas, todas vestidas de blanco, bajo la vigilancia de una señora joven, de rostro agradable, sencilla pero elegantemente vestida, que debía ser la maestra de la escuela.

Habiendo enviado a mi arriero con los animales a la posada, me acerqué discretamente a la tribuna y así, pude asistir a la siguiente especie de examen:

-Juanita! -dijo en alta voz la maestra a una de las niñitas, en el momento en que yo llegaba-, diga a los - señores quién descubrió la América.

Al llamado de este nombre, una graciosa y alegre niñita mestiza de unos siete a ocho años, se levantó y ruborizada, con los ojos bajos hasta la tierra, respondió con una voz que la emoción le hacía temblar ligeramente: -fue Cristóbal Colón.

-¡Muy bien, muy bien!- aprobaron en coro los grandes personajes oficiales, que quizás habrían crecido, hasta ahora, que eran los únicos que sabían eso.

-¡Carolita!-, continuó la maestra, dirigiéndose a otra alumna, de nariz lindamente respingada-, díganos cuál es la capital de Colombia".

-Bogotá, anteriormente llamada Santafé de Bogotá-, respondió con una voz aflautada la pequeña Carlota.

-Bravo, bravos exclamaron de nuevo los imponentes señores de la tribuna de honor, que estaban maravillados por el saber precoz de estas niñitas.

Y así las preguntas se sucedían unas tras otras, provocando siempre, después de cada respuesta, ruidosos aplausos de admiración y a veces ovaciones entusiastas de parte de los representantes de la autoridad.

Para ser justo, debe reconocer que no todas las preguntas fueron tan simples como las dos primeras; cuando la maestra se dirigía a las alumnas mayores, que podían tener entre 15 y 16 años, les hacía unas preguntas que habrían puesto en aprietos a más de uno de nuestros catedráticos de historia; sin embargo, ellas respondían siempre con la mayor exactitud y sin ningún miedo.

Cuando el examen finalizó, los miembros del Comité se levantaron todos a una, se acercaron en tropel a dar la mano a la maestra y a felicitarla vivamente; en tanto que las niñas, orgullosas de sus éxitos y todas vibrantes de emoción patriótica, entonaban acompañadas por el guitarrista, también arrebatado como ellas, las estrofas marciales del himno nacional de Colombia.

Habiendo terminado esta parte del programa de la fiesta, todo el mundo se dispersó; las niñas se fueron con sus mamás, radiantes de felicidad, y los personajes oficiales, habiendo recobrado la calma y esforzándose por mantener cierta majestuosidad, se dirigían a pasos medidos hacia la alcaldía, donde, mientras esperaban el almuerzo de honor, tomaban a manera de aperitivo algunos vasos de coñac a la salud de los héroes de la independencia, aunque todos estuvieran muertos desde hacía medio siglo.

Me dirigí entonces hacia la posada, donde mi arriero me esperaba. Allí encontré, como patrona, a una joven mujer de aspecto muy simpático, que me recibió con mucha amabilidad. Después de algunos minutos de espera, soportados pacientemente, ella me sirvió sobre un mantel de una

blancura inmaculada un delicioso plato de caldo, una pequeña tortilla con tomates, algunos sabrosos buñuelos --especie de croquetas hechas de queso y maíz-, para reemplazar el pan que faltaba ese día en la región, y en fin, una taza de excelente café. Sin embargo, la cuenta no pasó de la módica suma de 1 franco 35 centavos, sin incluir las sonrisas, graciosas sin afectación, que mi encantadora posadera tuvo durante todo el tiempo, acompañando cada una de sus palabras. Por eso yo deseaba interiormente que mi guía no acosara nuestra partida.

Cerca de media hora después de nuestra partida, atravesamos un caserío o aldea, igualmente en fiesta, donde bajo un improvisado cobertizo se llevaba a cabo una ceremonia infantil parecida a la que antes describimos. Como no llevaba mucha prisa, me hubiera detenido gustosamente un instante, pero, como a medida que me acercaba, la maestra suspendió de repente las preguntas a las niñas, entendí que debía proseguir mi camino para no interrumpir o incomodar de alguna manera los regocijos de estas buenas gentes.

A partir de ese momento, por lo menos la tercera parte, de los hombres con quienes nos encontrábamos, fuera a pie o a caballo, estaban más o menos borrachos; los unos iban dando tumbos de una orilla del camino a la otra, haciendo el doble del camino, los otros durmiendo apaciblemente en su silla, o bien, espoleando la bestia a través de los campos, con brida suelta y agitando los brazos al aire, galopando como para romperse el cuello; cosa extraordinaria, absolutamente nada les pasaba; los dioses de los borrachos, lo que no debe ser un mito, parecían velar todos paternalmente por ellos.

Sin embargo, al llegar a un sitio donde el camino se hallaba lleno de baches, encontramos a uno de los que se había dejado caer del caballo, estaba tendido de espaldas y se revolcaba como un diablo en pila de agua bendita, tratando de levantarse, pero sin poderlo conseguir; se nos parecía a las tortugas que los pescadores colocan sobre el caparazón para impedirles que huyan. Mi arriero, compadecido, trató de pararlo para que pudiera montar sobre su bestia que pacía tranquilamente unos pocos metros más adelante, pero el borracho que no tenía el aguardiente bien acomodado, río solamente no podía nada de su parte, sino que además abrumó con groseras injurias a quien venía en su ayuda; ante esto mi guía tomó el borracho por una pierna y se contentó con arrastrarlo hasta el pie de un árbol vecino, para que no estuviera tan expuesto a los ardores del sol y a los accidentes del camino; luego, continuamos nuestra marcha, acompañados, hasta que ya no oírnos más, por los insultos y maldiciones de aquel villano, lo que no dejó de divertirnos un solo momento.

Como a las dos horas, al llegar a un conjunto de casas de bambú revocadas con barro pisado, donde con ocasión de la fiesta nacional se vendía chicha y aguardiente, supimos por el jefe del hogar, que uno de sus cerdos acababa de ser mordido por una Laya, una de las serpientes más peligrosas de Colombia y la que más se parece a la cabeza de lanza de la Martinica, con la cual se le confunde a menudo.

Habiendo yo leído muchas veces, en obras que me habían parecido serias, que los cerdos gozaban de una inmunidad completa al efecto del veneno de las serpientes, gracias a la rudeza de sus pelos, a la dureza de su piel y al espesor de la capa de grasa que los cubre, quise aprovechar la ocasión que se me ofrecía para verificar el valor de esta afirmación. Por consiguiente, hice amarrar el animal mordido a uno de los postes que sostenían una especie de tonel y me coloqué cerca de él como médico al lado de su enfermo.

En efecto, nada anormal se produjo; pero después de más o menos media hora de paciente observación, advertí que el iris de los ojos había cambiado de color, adquiriendo una tonalidad más clara, y que los pelos de casi todo el cuerpo habían blanqueado de una manera muy notoria. Esta

constatación fue suficiente para darme cuenta de que ya era demasiado tarde. Por lo tanto hice desamarrar el animal, una hermosa marrana bastante gorda, y continué el camino diciéndome que las alteraciones que acababa de observar eran indiscutiblemente el resultado de la acción íntima del veneno y que era necesario admitir que éste había penetrado profundamente en el organismo del animal mordido, a pesar de la capa de tejido adiposo, o grasa, que algunos naturalistas consideran una coraza invulnerable. Y Negué de este modo a concluir, al igual que muchos sabios colombianos, que si los cerdos u otros animales gozan de una aparente inmunidad al efecto del veneno de las serpientes, no es porque estén suficientemente protegidos por sus pelos o su grasa, como se pretende, sino porque ellos deben producir un antídoto, una antitoxina, que neutraliza en cierta medida los efectos fisiológicos y perturbadores del veneno.

Un poco más de cuatro horas después, llegamos a La Florida, donde nos detuvimos para pasar la noche. Yo habría querido de buena gana seguir hasta Fresno, pequeña ciudad situada cinco o seis kilómetros más allá, en el centro de una importante región minera, pero el sitio que teníamos delante era tan placentero, la posada tenía aspecto tan limpio, estaba tan bien tenida y tan decente, y sus administradores se mostraban tan amables y tan acogedores, y en fin, la manga, donde debían ir a pastar nuestros animales -porque también había que pensar un poco en ellos-, estaba tan cerca de la casa, tan verde y tan segura, gracias a un seto vivo y tan espeso que la rodeaba por todas partes, que decidí no alargar mi etapa, seguro de que no me iba a encontrar mejor en otra parte.

Desde que tomé posesión de mi habitación, una piecita muy simple pero limpia como una patena, y que habían extendido sobre la cama, sin que yo lo hubiera pedido, una sábana de una blancura de nieve, y cobijas recientemente lavadas y planchadas, hice colocar una mesa y una silla debajo del mirador, bien enaguinaldado de campanillas floridas, y me instalé para apuntar las notas del viaje, saboreando un refresco de piña que me acababan de servir y que, a decir verdad, estaba exquisito.

Mientras iba recogiendo mis recuerdos del camino, me distraía a cada instante por el ir y venir de los caminantes. La mayoría regresaban de Fresno, donde habían ido con ocasión de la fiesta, y regresaban, cojeando, a sus hogares, pero siempre deteniéndose en cada estanquillo del camino, para beber una copa más en honor del Gran Bolívar. A tal punto que buena parte de ellos estaban tan borrachos que bramaban como terneros jóvenes, lo que a falta de distracciones de orden más elevado, me entretenía un poco.

Dos de esos borrachos me divertían más que los otros. Al reconocer uno de ellos que yo era extranjero, a pesar de su borrachera y del sello inconfundiblemente nacional de mi traje, me preguntó con voz suave:

-¿Quién es usted?

-El Papa-, le respondí, reteniendo difícilmente mi seriedad; pero su compañero, que parecía menos intoxicado que él, comprendiendo que yo me burlaba de ellos, tomó la broma al revés y comenzó a apostrofarme en términos poco amables, hasta abrumarme con injurias. Al mismo tiempo, me tomó por un americano, me acusaba de haber robado el istmo de Panamá a los colombianos, lo que lejos de llenarme de indignación, por el contrario, me hizo llorar de la risa.

Gustosamente habría dejado que continuara injuriando, me a su antojo, pero al ver de repente en la lejanía, sobre el camino polvoriento, otros borrachos que se acercaban, temeroso de que se fueran a juntar con mis dos energúmenos para hacer coro con ellos y que quizás se dieran a cualquier clase de desorden contra la posada, creí conveniente poner fin a su acceso de ira. La mejor forma era tratarlos por medio de la homeopatía, es decir, ofrecerles uno o dos vasos de

aguardiente, lo que hice de inmediato. -Yo no soy americano, -les dije, acercándome a ellos y poniéndole familiarmente la mano en la espalda al que parecía más furioso conmigo-, pero soy francés, amigo de ustedes, colombianos. Para probarles esto, los invito a brindar conmigo por la prosperidad de Colombia.

Luego para acabar de conquistármelos, grité mientras echaba el sombrero al aire: "¡Viva Colombia!"

Como lo preveía, su cólera contra mí no tardó en transformarse instantáneamente en la más viva simpatía; me dieron la mano, estrechándola con frenesí y me habrían besado en las mejillas, si me hubiese prestado a ello por exceso de efusión.

Pedí entonces aguardiente, ya que la ley en Colombia no se opone, como entre nosotros, a que un vendedor sirva alcohol a una persona borracha, así esté completamente perdida, y se bebieron un vaso de un solo trago sin siquiera pestañear, mientras que yo apenas mojaba los labios en el mío. Poco después, habiéndome jurado con voz llorona, por la memoria de sus mayores y hasta sobre sus propias cenizas, que los colombianos eran los mejores amigos de Francia, se alejaron, sosteniéndose el uno al otro, en dirección hacia sus pobres petates. Esto era lo que esperaba para poder sentarme a la mesa, ya que hacia un momento me habían avisado que la comida estaba servida.

El menú, como lo esperaba, no pudo estar más de acuerdo con la región; se componía de un excelente caldo de tortuga, fritas de banano, pollo guisado y una compota de zapotes, todo suficientemente regado con cerveza de Bogotá y seguido de un café deliciosamente aromático.

Después de semejante festín, sentí el deseo irresistible de fumar un cigarro y sin dudarlo me ofrecí el mejor *ambalema* que encontré en la casa.

Hacia las ocho, mientras vagaba por los alrededores, gozando con todo mi ser de los encantos de la soledad campestre, embriagándome con los olores embalsamadores de la tarde, me sentí atraído por la monótona voz de un ave nocturna, del tamaño de un pollo, de plumas muy brillantes, que se Rama vulgarmente *curucutú*, y científicamente *Strix otus*. Quise acercarme al árbol donde estaba parado, pero con el ruido, o sobre todo cuando me vio, porque esa tarde el ciclo estaba más luminoso que nunca, voló para ir la posarse más lejos desde donde continuó cantando sus notas melancólicas en el gran silencio de la noche, lo cual me recordó un poco el canto triste y casi humano del *bobu* de Reyse, que había escuchado tan a menudo en las pampas argentinas. Regresé a la posada temprano pues me proponía partir al día siguiente, bien de madrugada, y antes de ir a acostarme pedí la cuenta. Esta no podía ser más moderada, pero, por otra parte no podía ser de otra manera, ya que cuando un hotelero es verdaderamente consciente y probo, no sólo se contenta con tratar de la mejor manera posible a sus huéspedes, sino que tiene el escrúpulo de no ir a desollarlos.

Al día siguiente, a las primeras luces del alba, me levanté, después de la mejor noche pasada en Colombia, y algunos minutos más tarde saboreaba un buen chocolate en leche, acompañado de buñuelos, que habían tenido la extrema atención de prepararnos, a pesar de la hora tan temprana; luego de encender un cigarro que, a pesar de no tener etiqueta dorada estaba excelente, nos pusimos en marcha hacia Mariquita, destino final de nuestro viaje en mula.

Una media hora después de nuestra partida, habiendo pasado en contorno por un montículo tan desnudo, rocoso y quemado por el sol, como el Monte de los Olivos, observamos de repente, extendida a nuestros pies, la pequeña población de Fresno, a donde Regamos pronto por un camino en tan mal estado a causa de tráfico intenso y las tempestades, que creo que después de

la época colonial, jamás se le hizo el más mínimo trabajo de reparación, no obstante que el Estado siempre recibe de los pasajeros un derecho de peaje, que según se dice es para su conservación.

Fresno, que se encuentra a una altitud de 1.600 metros, tiene de 5.000 a 6.000 habitantes, la mayoría de los cuales vive de la explotación de minas vecinas o de las múltiples industrias que de ellas se derivan. Hubiésemos querido conseguir algunos pequeños objetos ornamentales de oro, que allí se fabrican, pero por la hora tan temprana en que llegamos, cuando aún las tiendas de orfebrería estaban cerradas, no pudimos satisfacer nuestro deseo y continuamos el camino a través de calles adoquinadas en grandes piedras rosadas sobre las que resbalaban nuestras mulas a cada paso. Apenas pasamos las últimas casas, nos encontramos ante terrenos de aluvión completamente revolcados por la mano del hombre; aquí profundas zanjas, allá grandes montones de tierra que parecían simas, y más allá inmensas acumulaciones de tierra alrededor de las cuales se hallaban febrilmente ocupados numerosos trabajadores. Era una mina de oro, la primera que encontrábamos después de nuestra partida de Buenaventura, no obstante que hay muchas en toda esta región montañosa. Me acerqué a uno de los trabajadores que parecía ser el capataz y le pregunté, lo más discretamente posible, si no me podría vender algunas pepitas preciosas para hacerlas engastar en alfileres de corbata; pero sea que realmente no las tenía o que desconfió de mí, que es lo más probable, porque tal vez me tomó por un agente secreto de la compañía minera, me respondió negativamente y por ello continué mi camino sin insistir más.

Poco después de haber pasado las canteras de esta mina, algo me llamó poderosamente la atención cuando nos metimos en un pequeño bosque; se trataba de una planta espinosa de la familia de las Xanthoxyláceas, llamada en las Antillas Francesas con el nombre de clavelier, que rara vez se encuentra en la región en donde nos hallábamos, pero muy frecuentemente en la Costa Atlántica donde su corteza se emplea por lo común como febrífugo y diurético.

Se cree también que es tan preciosa en el tratamiento de la sífilis como el guayaco, lo que dudamos mucho. Lo que si es cierto es que su decocción se ordena con éxito por muchos médicos de Bogotá, para las inflamaciones de los genitales. Mi guía, que parecía muy buen conocedor de las cosas sencillas de la región, me aseguró que el agua de clavelier era muy buena para los dolores de muela; por lo cual me apresuré a hacer una pequeña provisión con el fin de examinarlo en la primera ocasión; desgraciadamente, cuando meses más tarde quise poner a prueba sus propiedades desde el punto de vista odontológico, hallándome a bordo del barco que me llevaba a Francia, pude darme cuenta con gran pena de que me había equivocado, lo que seguramente me hizo pasar por un vulgar charlatán a los ojos de una buena dama que sufría de un violento dolor en los dientes y a la cual le había prometido curarla al instante.

Hacia las siete y medía de la mañana, después de haber atravesado el pequeño río de Chicuzo, y un momento después el de Palenque, que corre por el muy pintoresco seno de este nombre, llegamos a Las Tres Canoas, concesión minera de oro, y después a la más importante, llamada La Parroquia, donde reinaba una enorme actividad. Con la ayuda de potentes chorros de agua derribaban altos acantilados de sedimentos auríferos, la tierra desmoronada se echaba en badenes en plancha, muy inclinados, en cuyo fondo el oro se retenía por travesaños de madera, mientras que las partes terrosas eran arrastradas por las aguas. Estos badenes estaban cerrados en la mitad con mallas de hierro para impedir toda sutil substracción del metal precioso por parte de los obreros de la explotación, Sin embargo, a pesar de esta excelente precaución y de otras más, que sería muy largo enumerar aquí, los mineros se roban cada día una importante cantidad de oro y la venden enseguida a los comerciantes de la región, quienes a su vez la revenden a los bancos del país o la mandan directamente a los Estados Unidos o a Europa. Como se habrá podido ver por esta breve exposición, la extracción del oro es muy simple cuando se trata de terrenos de aluvión,

pero es mucho más difícil y larga cuando el metal precioso está en las rocas compactas, como el cuarzo, y sobre todo cuando se halla combinado con sulfuros metálicos, especialmente de hierro o de cobre. Su tratamiento exige entonces instalaciones mecánicas costosas y una serie de operaciones complicadas de las que no vamos a hablar aquí, por no ser nuestro libro más que una modesta relación de viaje y no un tratado de metalurgia.

Pero hay una cosa de la cual no podemos dejar de decir algo porque interesa particularmente al público francés, el más ingenuo de todos. Se trata del abuso de confianza, de las estafas de toda clase, de las que son frecuentes víctimas aquellos que se comprometen a la ligera en las explotaciones mineras. ¡Cuánta gente, en efecto, seducida por la charlatanería de ciertos negociantes sin escrúpulos y cediendo a la inclinación muy natural a un gran número de ellos, de esperar lo que pueda suceder, no dudan en confiar sus capitales o ahorros a vulgares charlatanes que les venden minas que ni siquiera existen, a pesar de los informes tan detallados como rebuscados de supuestos ingenieros! De este modo, el número de ingenuos que se arruinan en los asuntos mineros es considerable, mientras que el de las gentes honestas y de buena fe que se enriquecen es apenas el de un dos o tres por ciento, según lo hemos podido constatar nosotros mismos en los Estados Unidos, México, Bolivia, Chile y en algunos países mineros del Viejo Mundo.

Sobra decir que cuando hablamos de "estafadores" no queremos en ningún caso referimos a los técnicos de las minas y mucho menos a los buscadores, porque si hay gente valiosa entre todos, son estos últimos. Lo que más contribuye a que sean estimados públicamente es su reconocido desinterés. En efecto, por paradójico que parezca, el espíritu de lucro está muy lejos de ser el móvil principal del buscador, o el gambusina, como se le llama en distintos países de la América española, porque casi siempre él permanece pobre durante toda su vida. Si tarda mucho en hallar una mina, gasta todos sus recursos y a menudo contrae deudas, y cuando descubre una, se afana por venderla para liquidar su situación y comenzar de nuevo su búsqueda, en el curso de la cual encuentra las mismas emociones cautivadoras que el jugador delante del tapiz verde. Estas ventas no cambian para nada su situación pecuniaria, porque la mayoría de las veces cede sus derechos por la mina descubierta por algunas centenas de piastras o de dólares y muy a menudo incluso por un pedazo de pan. Así, para no citar sino un ejemplo entre mil, la famosa mina de plata del Tigre, en la Famatina (Argentina), fue vendida en 50 piastras de las de aquel entonces, es decir, 250 francos, por quien la había descubierto. Como está situada a más de 4.000 metros de altura, se debe reconocer que no es cara, y que el solo hecho de subir y bajar bien valía ese poco de plata.

El buscador de minas que parte en expedición no hace gran alboroto y su equipaje no le cuesta mucho. No lleva consigo más que lo estrictamente necesario: una pica, una pala, un juego de bateas, tal vez un poco de mercurio, pólvora y dinamita, un fusil, municiones de caza, algunos utensilios de cocina, las Provisiones alimenticias necesarias, un lecho de campamento o, en su defecto, algunas pieles de carnero o un cuero de vaca Y algunas veces una tienda. ¡Eso es todo! Con esto él va por todas partes: remontando los lechos de los ríos, metiéndose en las montañas, trepando hasta las más altas mesetas, a menudo por senderos de cabras o de vicuñas. Nada lo detiene ni lo asusta y, siempre avanzando, su ojo escrutador y ejercitado no pasa nada desapercibido. Ensayo las arenas que podrían ser auríferas, recogiendo aquí y allá fragmentos de rocas disgregadas para examinar su contextura y tratar de conocer la naturaleza de los terrenos circundantes, etcétera. A la primera lavada de los aluviones, el simple examen de un mineral de oro, de plata o de cobre, puede establecer su contenido de metal con una aproximación que está muy cerca de la que establecería un minerólogo profesional. Más de una vez estos han recurrido a la esclarecida experiencia de los buscadores de minas. He aquí una pequeña anécdota al respecto.

A finales de 1886, cuando regresaba de una expedición por Andes argentinos, encontramos en Chilecito, pequeña Población de la Rioja, a uno de nuestros compatriotas que se decía minero, que venía de explorar los alrededores en misión oficial. ¡Claro, que se veía -bien que estaba en misión oficial! Traía una verdadera caravana de maletas, que recordaba los viajes artísticos de Sarah Bernhardt; armas como para ir a domar a los Tuaregs; instrumentos para estudiar todo, precisar todo, profundizar todo; por otra parte, su atuendo lo presentaba muy bien: casco hindú, vestido de caza inglés, calzones a la Saumur, botas Gallifet, guantes Murrat, bastón Windsor, se veía en él a un deportista que tenía por encima todo el cuidado, por no decir, el culto a su persona. En el patio de la casa donde estábamos hospedados tenía una docena de grandes sacos de cuero de vaca, llamados arganas, llenos de muestras de minerales que había recogido en el curso de su expedición, los cuales se proponía estudiar minuciosamente en la calma y soledad de su oficina. ¡Estos eran sus trofeos! Él veía los materiales de uno de esos informes maravillosos que, por la abundancia de los términos científicos y de los vocablos impresionantes, así como por el atrevimiento de las deducciones deslumbraban tanto a los profanos como a los imbéciles. Advertido antes de su partida que el camino de mulas que debía seguir para llegar a la Rioja era de los más malos, resolvió desembarazarse de toda carga inútil, rogándole a nuestro anfitrión, que era un apasionado buscador de minas, de muy reconocida competencia, que le hiciera una primera selección de muestras, es decir, que pusiera aparte aquéllas que desde el punto de vista minero pudieran tener algún valor u ofrecieran algún interés y que botara las otras.

Con la mejor gracia del mundo, nuestro buscador de minas accedió a su deseo y procedió de inmediato a la selección pedida Algunos minerales atraían verdaderamente la atención; unos por sus colores vistosos, como los sulfuros y los óxidos, otros por su forma bizarra, como las escorias volcánicas y los fósiles, por la rareza de su estructura cristalina. Por desgracia, desde el punto de vista puramente minero y utilitario, casi todo eso no era más que el cascajo de vulgares piedras como las que nuestros peones rompen durante todo el año en las carreteras, a razón de treinta centavos por día. De este modo terminó la operación, y ¿saben lo que quedó de los diez o doce quintales de muestras que estaban metidas en las arganas antes de la operación?... apenas una treintena, que se habrían podido guardar fácilmente en los bolsillos y que el buscador de minas, sin duda movido por lástima, le dejó al explorador oficial como muestra de consolación.

A las diez y media llegamos a las orillas del importante río Gualí, que desemboca en el Magdalena, en Honda mismo. Lo atravesamos por un pequeño puente suspendido por dos gruesas cadenas, cuyas rampas de acceso estaban formadas por enormes piedras mal pegadas y además redondas y lisas, sobre las cuales mi mula resbaló más de una vez, pareciendo que me iba a lanzar. Este pequeño incidente, sin embargo, no me libró de pagar el derecho de peaje que recibían instalados con comodidad en una gran garita vecina, dos jóvenes empleados que se la pasaban entre perder el tiempo y mecerse voluptuosamente en sus confortables hamacas.

-¿Por qué no mantienen en mejor estado el puente -pregunté yodado que cobran tan caro por atravesarlo? -Eso no es asunto nuestro-, respondió uno de los dos. Si usted tiene algo que reclamar, vaya donde el oficial encargado.

-Usted es muy amable- repliqué -pero no sigo su excelente consejo- y continué mi camino, dejando a aquellos dos vividores del presupuesto en las dulzuras de su no hacer nada. Sobra decir que no hice lo más mínimo para ir a ver el prefecto a mi llegada a Honda, a sabiendas de que este me habría reenviado al Presidente de la República, y éste,... tal vez al columpio.

Un momento después comenzamos a recorrer las calles de Mariquita, donde la hierba crecía tanto que se podía alimentar a las bestias y también engordar muchos rebaños de carneros del África,

que no serían perturbados por nadie, ya que desde hacía tiempos esta población estaba tan muerta y desierta como Pompeya y Herculano. Mariquita, en efecto, que está situada al pie de la Cordillera Central, a unos treinta kilómetros al oeste de Honda, había sido durante la época colonial una de las ciudades más prósperas. Allí afluían para ser tratados, los productos de las numerosas minas de esta importante región, a donde venían a veranear durante la temporada caliente las más ricas familias de Honda. Pero a causa de las guerras civiles, los temblores de tierra, y sobre todo las malas administraciones que se habían sucedido, poco a poco habían traído la decadencia y después la ruina a esta población, a pesar de que en los últimos años se había construido una línea férrea que la unía a Honda, por una parte, y por la otra a Ambalema, en el Alto Magdalena; es decir, río abajo y más arriba de los rápidos que interrumpen la navegación en esta parte del gran río colombiano.

Atravesé esta especie de necrópolis sin detenerme y llegué rápidamente a la estación del tren, situada un poco a las afueras de la población, en medio de una explanada arenosa, desnuda y barrida durante seis meses del año por un viento violento que desecha y quema todo, Aquí encontré a tres o cuatro jóvenes empleados que se entretenían en no hacer nada. Deseoso de saber a qué hora partiría el tren para Honda, me dirigí a uno de ellos, que con tono altivo, detrás de una reja que parecía ser su manitú, y sin tomarse el trabajo de mirarme, me respondió que partiría a las tres, "si Dios quiere". Hice entonces bajar mi equipaje que lo entregué a un empleado y me dirigí hacia una gran choza que no estaba muy lejos, en donde daban de comer a los viajeros.

Como aquí concluía la misión de mi guía, le entregué el sueldo que le correspondía, que había retenido conmigo como garantía de la ejecución del contrato firmado entre los dos, y reemprendió sin tardanza el camino de Manizales, recorrido desde épocas ya lejanas, cuando los viajeros efectuaban ese trayecto sobre los hombros de robustos indios.

Mientras que mi arriero se alejaba silbando - un aire popular, me senté a la mesa a comer el plato que me habían servido, el cual se componía de huevos en cacerola, bistec y queso de cabra, acompañado por una cerveza, que desgraciadamente estaba a la temperatura ambiente, y una taza de café que parecía haber sido hecha con un puñado de colillas, según el gusto tan desagradable y su color sospechoso. Pero como mi estómago estaba acostumbrado después de tanto tiempo a comer de todo, nada de esto me sorprendió, ni tampoco recliné nada.

Cuando terminé: de comer, encendí un cigarrillo y me instalé cómodamente en una de las mecedoras de la pieza que servía de sala, y mientras mis ojos vagaban distraídamente de un lado a otro, buscando algo novedoso, rehacía en mi mente todas las etapas del viaje. Pero no permanecí mucho tiempo en esta situación pues el viento que soplaba afuera era tan molesto a causa de la arena que levantaba en espesas nubes, que decidí refugiarme en la estación a esperar la llegada del tren.